

# “¿QUÉ ESTÁ HACIENDO DIOS?”

Mensaje para el decimoséptimo domingo después de Pentecostés.

Del pastor Norman Staker

20 de septiembre de 2026

JONÁS 3:10-4:11 ☸ FILIPENSES 1: 21-30 ☸ MATEO 20: 1-16

Gracia, misericordia y paz de Dios nuestro Padre y de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Amén. ¡Ha resucitado! ¡Verdaderamente ha resucitado!

¿Acaso no tengo derecho a hacer lo que quiera con lo que me pertenece? ¿O es que me envidias porque soy generoso? Así, los últimos serán los primeros y los primeros, los últimos.

¿Cómo te sientes si alguien a quien consideras inferior te supera? Tiene que ver con lo que llamamos la jerarquía social. Hay algo en eso que nos hace sentir que merecemos ciertas cosas, tal vez un cierto estatus, y nos molesta que algunos cuestionen nuestra visión.

El gran problema es que el ser humano ha dado por sentadas muchas cosas que no son ciertas. Hay muchos que no reconocen que Dios es el dueño, y que ellos son solo administradores. Nuestra responsabilidad también está determinada, pero al mismo tiempo debemos tener la seguridad de que se nos tendrá en cuenta en todo momento. No debería haber ninguna duda al respecto.

Ahí es donde nos encontramos en esta parábola que solo aparece en el evangelio de Mateo sobre los trabajadores de la viña. Con su estilo característico, Mateo introduce: «El reino de los cielos es semejante a...»

Desde el principio, Jesús parece contar una historia sobre la injusticia. Habla del dueño de una finca que sale temprano una mañana a contratar trabajadores temporales para su viña. Seguro que todos los hemos visto, pero quizás no. Eran personas que podríamos considerar en lo más bajo de la escala social, esperando en el estacionamiento de la ferretería local, en la esquina del Burger King o al pie de un puente, con la esperanza de que alguien necesite un trabajador por unas horas o incluso por todo el día. Era una práctica común en tiempos de Jesús, y las cosas no han cambiado mucho con el paso del tiempo.

En un viñedo había que realizar todo tipo de trabajos. Podía tratarse de preparar un viñedo nuevo o plantar vides en uno ya existente. Podía tratarse de la vendimia. Cualquiera que fuera el trabajo para el que los contratara, podemos estar seguros de que era un trabajo duro. La mayoría de los viñedos se preparaban en laderas aterrazadas donde el terreno era muy pedregoso. Para preparar la terraza había que excavar el terreno y luego usar las piedras para un muro de contención. Este luego había que rellenarlo con tierra fértil, que había que transportar ladera arriba.

En verano, las vides, tanto viejas como nuevas, debían podarse para aumentar la producción. La vendimia se realizaba en septiembre, cuando hacía mucho calor y antes de que comenzaran las lluvias. Como el propietario de un viñedo no solía tener suficientes sirvientes para una tarea tan grande, a menudo tenía que contratar jornaleros. Estos solían trabajar un solo día y no tenían garantía de trabajo más allá de ese plazo. Al amanecer, se reunían en la plaza del mercado con la esperanza de que alguien los contratara.

Los primeros jornaleros que contrató aceptaron trabajar por el salario diario habitual. Probablemente empezaron a trabajar alrededor de las 6 de la mañana. A las nueve, el dueño de la finca pasó de nuevo por la plaza del mercado y vio a algunas personas sin hacer nada. Así que las contrató, diciéndoles que les pagaría lo que les correspondía al final del día. Al mediodía y luego de nuevo a las tres hizo lo mismo. A las cinco de la tarde pasó por la plaza del mercado y volvió a contratar a otros trabajadores. Lo hizo durante todo el día, así que no hay sorpresa hasta que llegó el momento de pagarles.

Esa tarde, el capataz recibió instrucciones de llamar a los trabajadores y pagarles sus salarios. Quienes solo habían trabajado una hora recibieron el salario de un día completo, al igual que quienes habían trabajado todo el día. De hecho, todos recibieron el mismo salario. Pensaron: «¡Oye, si ellos reciben el salario de un día completo, imagínate cuánto más voy a ganar yo!». ¡Menuda decepción se llevaron! Ahora bien, quienes habían trabajado todo el día, posiblemente doce horas, no estaban nada contentos, como podemos imaginar. Escuchen su queja: «Esas personas trabajaron solo una hora, y les han pagado lo mismo que a nosotros, que trabajamos todo el día bajo el sol abrasador». Ustedes y yo podemos comprender su queja. Excepto que, excepto que así funcionan las cosas en el mundo de Dios, como nos dice Jesús.

Hay algo fascinante en esta parábola que desafía tan abiertamente la forma en que parece funcionar nuestra sociedad. «Esfuézate por salir adelante por tus propios

medios»; «El Señor ayuda a quienes se ayudan a sí mismos»; «Al que madruga, Dios le ayuda». ¡Pero no en esta parábola!

Quizás ese sea el mensaje de Jesús. Tal vez Jesús intenta, de una manera audaz y radical, decirnos que nuestra forma de actuar puede no estar en consonancia con la forma en que Dios actúa, y haríamos bien en darnos cuenta de ello. Pero quizás nunca lo sepamos con certeza, pues parece que Mateo tiene ideas diferentes.

El Evangelio de Mateo fue escrito para una iglesia que tenía muchos problemas con sus miembros. Aquellos que habían pertenecido a la comunidad judía devota durante generaciones, y que ahora aceptaban con entusiasmo a Jesús como el Mesías, no lograban comprender la llegada masiva de nuevos conversos, gentiles, forasteros. En otras palabras, «ellos».

Entonces el dueño de la finca respondió a su petición: «Amigo, no te hago ningún daño; ¿acaso no acordasteis conmigo un denario? Tomad lo que os pertenece y marchaos. He decidido darle a este último lo mismo que a vosotros. ¿Acaso es ilegal que haga lo que quiera con mi dinero? ¿Deberíais enojaros porque soy amable?».

Los elementos de esta parábola representan diferentes aspectos importantes que debemos comprender para entender la enseñanza de Jesús. La viña representa el reino de los cielos, el dueño es Dios, el capataz es Jesús, los obreros son los creyentes y la paga del día es la salvación.

Al exhortar a las personas a confiar en Cristo como su Salvador y Señor, debemos recordar que no son presentaciones ingeniosas las que llevan a la gente a seguir a Cristo, sino que es Dios quien inicia el proceso. Él puede obrar a través de nuestros métodos, pero estos no lo limitan.

Y no estoy diciendo que estos programas estén mal. Es beneficioso memorizar las Escrituras y recibir capacitación. Lo que digo es que, si no tenemos cuidado, podemos llevar a la gente a pensar que es difícil explicarle a alguien cómo conocer a Cristo como su Salvador, y no lo es. No es necesario memorizar una gran cantidad de Escrituras ni tomar un curso de capacitación para compartir la fe.

Amigos, no me importa cuántos versículos de las Escrituras conozcan ni cuántos cursos de capacitación hayan tomado para compartir su fe. Recuerden que es Dios quien inicia y consuma la salvación. Él nos usa como instrumentos, pero sin él no podemos salvar a nadie. Fue el dueño de la tierra quien salió a buscar trabajadores,

no los trabajadores quienes fueron al dueño. Él les pidió que trabajaran en su viña. Ellos no pidieron trabajar en su viña. Dios ha buscado a cada persona que dice ser cristiana.

Jesús dijo: «Porque nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me envió». Creer que Dios inicia y consuma la salvación elimina toda jactancia. La Biblia también dice: «Dios los salvó por su gracia cuando creyeron. Y no pueden atribuirse el mérito; es un don de Dios. La salvación no es una recompensa por las buenas obras que hayamos hecho, así que nadie puede jactarse de ella».

En la parábola, la recompensa es la vida eterna o la salvación. Recordarán que la recompensa era la misma para todos los trabajadores. No variaba entre los que habían trabajado todo el día y los que solo habían trabajado una hora. La salvación viene por la gracia de Dios, y la gracia de Dios es constante. Nunca varía. A veces queremos gritar que es injusto, pero nosotros, como pecadores, no tenemos derecho ni autoridad para decirle a Dios a quién debe o no debe extender su gracia. No podemos gritar que es injusto como lo hizo el hijo mayor en la parábola del hijo pródigo. Lo hizo porque no comprendía la gracia de Dios. ¿O qué decir del ladrón en la cruz junto a Jesús: «Hoy estarás conmigo en el paraíso»? La gracia de Dios.

La gracia de Dios se extiende a todos, sin importar cuán buenos o malos hayan sido ni cuándo la pidan. Esto explica por qué quien recibió a Jesús como Salvador en su juventud y quien lo recibió en su lecho de muerte reciben la misma gracia de Dios. Por eso, tanto el asesino como la persona buena pueden ir al cielo si se arrepienten de sus pecados contra Dios. La gracia de Dios es constante y gratuita para todos los que la piden.

Los obreros que trabajaban todo el día no lo entendían. Creían que debían recibir más que quienes trabajaban solo una hora. Y si esta fuera realmente una historia sobre empleados y empleadores, tendrían razón al quejarse. Pero la historia trata sobre la gracia de Dios, y la gracia de Dios se extiende libre e igualitariamente a todos.

En la parábola, observemos que el terrateniente sigue yendo al mercado y contratando más trabajadores. Esto representa a Dios llamando continuamente a las personas a seguirlo en obediencia. Dado que somos los instrumentos que él utiliza para llamar, esto significa que nunca debería llegar el momento en que los cristianos dejen de invitar a las personas a confiar en Cristo como su Señor y Salvador. Dios seguirá llamando a las personas hasta el fin de los tiempos.

¿Por qué Dios sigue llamando a la gente a seguirlo? La Biblia dice: «El Señor no se está demorando en cumplir su promesa de regresar, como algunos piensan. Al contrario, está siendo paciente por ustedes. No quiere que nadie perezca, por eso les da más tiempo para arrepentirse».

Los jornaleros dependían completamente de que alguien los contratara. Eran personas necesitadas y no tenían otra esperanza que la de encontrar trabajo. Con estas necesidades, aceptaban con gusto el trabajo que se les ofrecía. Buscaban en el terrateniente la ayuda necesaria para subsistir, y él no los defraudó.

Así como el terrateniente dio trabajo a todo aquel que quería trabajar, así Dios salva a todos los que desean ser salvados. Nadie que quiera tener una relación con Dios será rechazado.

Tenemos muchas necesidades en la vida, pero la mayor es el perdón de nuestros pecados. Dios muestra compasión al concedernos este perdón. Pero también ha prometido suplir todas nuestras necesidades, para que no tengamos que preocuparnos por lo básico. Así como el terrateniente mostró compasión por los trabajadores que necesitaban dinero, Dios muestra compasión por quienes lo necesitan de él.

El terrateniente contrató a los trabajadores para que trabajaran, no para que se quedaran de brazos cruzados. Algunos trabajaron más que otros, pero todos trabajaron. Cuando no todos los hijos de Dios trabajan, otros tienen que suplir su ausencia y su obra no se realiza con la misma fuerza que si todos trabajaran.

En nuestra parábola, el terrateniente salió temprano por la mañana buscando gente para trabajar en sus campos. Eran casi las seis de la mañana, cerca del amanecer. Estas personas estaban allí, esperando la oportunidad de conseguir trabajo. Cuando negociaron lo que consideraron un excelente trato, se pusieron a trabajar.

Unas tres horas más tarde, alrededor de las 9:00 de la mañana, encontró a otras personas en la plaza del mercado. Les dijo: «Si trabajan en mi viñedo, les pagaré lo que sea justo». Para ellos, aceptar el trabajo requería un acto de fe. ¿Qué quería decir el terrateniente con eso de que les pagaría lo que fuera justo? En fin, algo era mejor que nada, así que aceptaron.

Salió de nuevo e hizo lo mismo a las 12:00 y a las 15:00. A las 17:00 volvió a salir y encontró a algunas personas que seguían allí sin hacer nada. Les preguntó: "¿Por

qué pierden el tiempo así?". Le respondieron: "Miren, nos gustaría trabajar, pero nadie nos ha contratado". Les dijo: "Vayan también a trabajar a mi viñedo", y fueron.

En la historia de los trabajadores, no se nos explica por qué no todos estaban presentes a las 6:00 cuando llegó el terrateniente. Lo que sí es seguro es que quienes fueron contratados a las 6 iban a necesitar más ayuda si el trabajo para el terrateniente debía terminarse antes del final del día. El terrateniente quería terminar el trabajo cuanto antes. Ninguno de nosotros, ya sea que hayamos llegado a las 6, a las 9, a las 12, a las 3 o a las 5, tiene por qué temer que Dios nos defraude. A veces somos bendecidos sin darnos cuenta.

Esta parábola no enseña que al final todos recibiremos la misma recompensa. Su mensaje es que nuestro servicio a Dios es igualmente importante, sin importar cuándo seamos salvos. Por lo tanto, ninguno de nosotros puede menospreciar el trabajo de otro como menos espiritual o menos importante. Dios llama a todos a venir y trabajar en el campo. Hasta que no le entreguemos nuestras vidas, somos como los trabajadores potenciales que se quedan parados sin hacer nada. Jesús dijo: «Muchos son llamados, pero pocos escogidos». Por favor, no vengas con la idea de que Dios te debe algo por todo lo que haces por Él. Ven sabiendo que lo que Dios ha hecho por ti ya es mucho más de lo que puedes pagar. Si pudiéramos pasar tan solo dos segundos en el infierno, nunca tendríamos que preocuparnos por encontrar la motivación para hacer todo lo posible por marcar la diferencia para Cristo en esta vida.

Hemos leído esta parábola a menudo como una sobre personas perezosas que han estado holgazaneando todo el día. Ser contratados al final del día era asegurar que estas personas también recibieran lo necesario para sobrevivir. No es una historia sobre justicia, sino sobre sustento. El dueño les dice a los que trabajaron todo el día: «Amigo, no te hago daño; ¿acaso no acordaste conmigo el salario habitual del día?». Y queremos responder con la primera opción: «Pero, pero».

Queremos interpretar esta parábola como una historia de justicia, pero ¿es eso lo que queremos o necesitamos? Aferrarnos a nuestro sentido de la justicia revela nuestra incomprensión de los caminos de Dios. El reino de Dios no se basa en la justicia, sino en lo que necesitamos. No necesitamos justicia, necesitamos gracia. Gracia que pasa por alto todo lo que somos, todo lo que hemos hecho y dicho. Gracia que nos permite esperar pacientemente a que Dios nos sonría. La justicia no es lo que buscamos, porque si la justicia fuera la medida, tendría que admitir que me parezco más al trabajador de las 5 de la tarde que al de las 5 de la mañana.

Este es un buen texto luterano. Trata sobre la gracia. Nos permite discernir qué clase de luteranos somos. ¿Nos alegramos profundamente de que otros reciban la gracia de Dios, por muy poco que parezca merecerla según nuestro criterio? Apreciar verdaderamente la gracia de Dios para con nosotros implica alegrarnos enormemente de ver a los demás recibir lo que necesitan.

Esta semana me ha resultado difícil comprender este mensaje. Por más que repito la "regla" para entender las parábolas, siempre vuelvo al concepto de "¿Es Dios justo?".

Dios no es justo, es generoso.

Y esta parábola no trata sobre la cuestión de la justicia, sino sobre la generosidad y el amor extraordinarios de Dios, que invita a las personas a participar de su reino, juntos.

La regla básica de las parábolas es que existen para una sola enseñanza, una sola razón. No existen para ofrecer comentarios sociales. En esta parábola, esa enseñanza se ve en la sorprendente pregunta que Jesús hace: «Amigo, ¿tienes envidia porque soy generoso?».

No se trata de una historia sobre trabajo y salario. No se trata de una historia sobre justicia o equidad. Se trata de una historia sobre la vida en la iglesia, donde los nuevos creyentes se unen a quienes han vivido en la fe toda su vida. Ellos también reciben las inmensas bendiciones de la gracia, el perdón y la vida eterna de Dios.

Así que, terminemos con esto. Un niño pequeño y su padre visitaron una tienda de pueblo. Al salir, el dueño le ofreció caramelos al niño. «Toma un puñado», lo invitó el comerciante. El niño miró a su padre, pero no tomó ningún caramelo. El dueño repitió: «Hijo, no te preocupes, toma un puñado de caramelos; son gratis». Una vez más, el niño no se movió, siguió mirando a su padre. Finalmente, el padre metió la mano en el tarro de caramelos, tomó un puñado y se lo dio a su hijo. Cuando volvieron al coche, el padre le preguntó a su hijo por qué no había tomado un puñado de caramelos. El niño, con una gran sonrisa, dijo: «Porque sé que tu mano es más grande que la mía». Que el don de la gracia de Dios los anime, los consuele y los proteja a ustedes —y a todos— que eventualmente comparten Sus dones.

Amén.